

José María Souvirón

La fuga (*)



MAURICIO esperó a que el Hermano Plaza viniese en busca de la bandeja en que había traído una cena demasiado frugal. El lego le aconsejó que se acostara, porque debía cerrar la puerta al salir. Con esto Mauricio creyó ver arruinados sus planes. No esperaba que le echaran llave por fuera. Desde aquella hora de la tarde en que, habiendo cerrado los libros de estampas, concibió la idea de fugarse, ésta había sido una obsesión. Ningún otro pensamiento cupo en su mente: ni los buenos propósitos de los ejercicios, ni los actos de humildad a

(*) Ofrecemos a nuestros lectores un capítulo de la más reciente novela de José María Souvirón, «*La Danza y el Llanto*», que aparecerá en España a fines de este año (Editorial Luis de Caralt, Barcelona); posteriormente será editada también en Chile. Souvirón, español incorporado desde hace años a la literatura chilena, por haber producido en nuestro país lo más significativo y considerable de su obra, ha triunfado en la novela después de hacerse un nombre como poeta. «*La Luz no*

que se sintió dispuesto por unas horas, ni aquella decisión tomada respecto al comportamiento con su padre. En su cabeza no tenía cabida sino la imagen repugnante de Torremocha, la negativa a escucharle del Padre Mendivil, y una sensación abrumadora de injusticia y atropello. Había despedazado el superfluo papel en que trazara un plano de su fuga, y estableció ésta en su memoria. Todo dependía de que estuviese abierta la sala de reuniones de la Academia. Por lo menos era preciso bajar hasta allí.

Le rogó a Plaza que lo dejase ir a los lugares. El hermano salió con la bandeja y se dirigió hacia las escaleras. Mauricio escuchó atentamente los pasos que descendían, hasta que se perdieron. No esperó mucho, sino que siguió al enfermero, desde lejos. Sabía que a esta hora los escolares estaban en el comedor y la mayoría de los padres en la clausura. De puntillas llegó hasta la puerta de la Academia. ¡Estaba abierta! Por aquella parte de los tránsitos nunca solía pasar gente, y la luz más cercana estaba a bastante distancia; cuando cerró tras él la puerta, se sintió a salvo. Le

Está Lejos», «*El Viento en las Ruinas*», «*Isla para Dos*», y ahora «*La Danza y el Llanto*», constituyen muestras de una labor novelesca que tanto el público como la crítica ha recibido con creciente entusiasmo. Terminada esta novela —de la que reproducimos una parte— José María Souvirón ha iniciado, según nos dice, una nueva obra cuya acción transcurre totalmente en Chile y cuyo escenario es la ciudad de Valparaíso.—*Nota de la Dirección.*

fué fácil saltar a la huerta. La atravesó a toda carrera sin detenerse, y se trepó al algarrobo que se alzaba junto a la tapia. La noche había entrado. No lograba ver bien la distancia que había, desde la rama que sobresalía al campo libre, hasta el suelo al pie de la muralla. Se deslizó por la rama, quedándose colgado de ella por las manos y se balanceó por un momento en el aire; de este modo disminuía, en todo caso, la distancia del salto. Al dejarse caer, advirtió que la altura era mucho menor de la que sospechaba. Respiró profundamente y dió una vuelta sobre sí mismo, antes de emprender camino. Le pareció más sabio alejarse en línea recta, que no bordear el murallón, aunque esto le obligara a caminar a campo traviesa por un altozano lleno de jaras.

Crejó oír un ruido de pisadas y echó a correr. Jadeante, se detuvo al llegar a una vereda que desembocaba en el camino apartado que pensaba tomar, lejos de la carretera principal. Miró hacia lo alto. El cielo lucía un prodigio de estrellas. Era peligroso permanecer allí, aunque fuese por un minuto, viendo las luces del colegio. Después descansaría. Reanudó su marcha, pasó ante una casucha pobre en la que se veía chisporrotear un candil por la ventana entreabierta; un perrillo se acercó a ladrarle y Mauricio disminuyó su paso, para desimular si alguien salía a ver. Atravesó el cauce seco de un río después de saltar el parapeto; salió al otro lado por una hendidura cuya situación recordaba. Frente a él, otra muralla: la del depósito de

los tranvías. Aquella zona estaba iluminada por la luz que se vertía desde los cobertizos y cocheras; adentro, algunas voces y un ruido de motor. Mauricio dió la vuelta a la construcción y se alejó más hacia el campo solitario. La noche le parecía ahora más clara y el carril que emprendió se dejaba ver bien para sus pasos. Una figura venía por el caminillo. Mauricio se detuvo un instante (¿sería alguno del colegio?). . . Un labriego pasó junto a él y lo saludó: «Buenas noches nos dé Dios». Mauricio respondió. Inmediatamente sintió una congoja angustiante. La rápida sensación de compañía, el sonido de aquel saludo en la soledad silenciosa, la voz del hombre, que le pareció llena de ternura. . . Venció las ganas de llorar y continuó su caminata. Una súbita sensación de hambre le asaltó. Trató de distraerse de ella; sin saber cómo, empezó a canturrear un aire francés que sus hermanas cantaban en el colegio.

A un lado del camino brillaba misteriosamente un poyo de piedra pintado con cal. Mauricio calculó la distancia a que ya estaba del colegio y dedujo que ahí podría descansar un poco, sin temor: sería raro que intentaran buscarle por aquellos parajes. Se quitó la blusa de colegial que llevaba sobre el traje, la arrojó a una zanja y se tendió, cara al cielo, en el rústico banco.

—Bueno ¿y ahora qué? —se dijo después de unos segundos de reposo y contemplación de las estrellas.

Porque no había trazado sus planes sino «hasta aquí». Había vencido ya los obstáculos primordiales,

los únicos que en su proyecto de escapatoria tuvieron importancia: la tapia del colegio, el paredón del río, dar la vuelta sin ser visto a la cochera de los tranvías. Había dejado para este momento la prosecución del programa de su fuga y ahora se daba cuenta de que lo suspendió en ese punto por ahorrarse dificultades preliminares que le pudiesen mover a no realizarlo. En la hora transcurrida desde que salió de la enfermería, hasta este momento, había sentido hambre, miedo a un gozque ladrador, ganas de llorar, ganas de cantar y una sensación de calor humano, de compañía y comprensión, ante el saludo del campesino. Pero ¿y ahora?

«Ir a mi casa —pensó— y presentarme a mi padre. El me comprenderá».

Se incorporó un poco, como si se dispusiera a encaminarse, pero volvió a tenderse.

«No, eso es imposible. Me volverán a meter en el colegio, quizás me harán pedirle perdón a Torremocha, o me mandarán a otro sitio peor. Imposible. Pero mi padre ¿cómo va a recibir esta noticia? Ya debe saberla. Se lo deben haber dicho por teléfono. Mi casa. Mi casa me está esperando. He cometido una barbaridad. Iré a casa, le diré a mi padre lo que ha sucedido, él me recibirá, él es un hombre justo. ¿Es justo? ¿No está dominado por los curas del colegio? ¿Y si volviera y me fuera a hablar con el Padre Salamanca, que es un hombre bueno? Pero Salamanca tiene que obedecer a lo que manden...»

Una estrella fugaz se deslizó por entre las constelaciones. Sonó cercano, por el ferrocarril de la costa, un largo y melancólico pitido de tren.

«¿Por qué han hecho esto, Señor, por qué? —y tuvo una opresión de llanto en la garganta; pero enseñada le brotó en el pecho un estallido de rabia—: Torremocha, el canalla, no tiene razón; y los que se la dan, tampoco la tienen. Eso no es justicia. No pueden darle la razón a Torremocha, que no tiene nada que ver con Dios; ese portero hipócrita, asqueroso»...

Jadeaba, lleno de enfado y de ira. La noche clara, limpia, le calmó pronto la rabia. Oyó una campana remota. Recordó su cuarto, en su casa y aquellas campanitas de madrugada, de las monjas bernardas, que se levantaban para rezar...

«Debo rezar y pedir perdón; y exponerme a sufrir las consecuencias de este disparate que acabo de hacer».

Empezó una oración; la que debían estar rezando a esa misma hora los colegiales; Salvador entre ellos. ¿Qué iba a pensar Salvador? ¿Cuándo volvería a ver a Salvador? ¿Y a su padre? ¿Y a Pepa Reina? ¿Y a Isabel? En tanto que pensaba en estos seres queridos, rezaba, mediante una doble acción de su mente y de sus labios. Rezaba pensando en que rezaba, pero las palabras que decía mentalmente se entreveraban con la figura de su amigo, de su padre, de su amada. Un poco de sueño lo acariciaba. La noche invitaba a dormir al aire libre. Entornó los ojos. Sintió una dulce placidez, una suave modorra. De pronto se despertó.

del entresueño y, sentándose, empezó a hablar a media voz, oyéndose lo que decía:

«Todo esto es inútil ya. No puedo volver a casa, ni al colegio, ni a ninguna parte. ¿A ninguna parte? Pero, a alguna parte tengo que ir. Tendré que comer, si no esta noche, mañana. Tendré que dormir, mañana también. Tengo que ocultarme, huir. Si pudiera llegar a Madrid...»

Se echó a reír. ¡Madrid! ¿Cómo? ¿Por las carreteras? Lo encontrarían. ¿En tren? ¿Con qué dinero?

Maquinalmente se echó la mano al bolsillo. De más sabía que no llevaba dinero. Unos cuantos «cartones» de los que servían como moneda en el colegio. Total, nada. Repentinamente se le ocurrió una salida. En su recuerdo apareció una portada de ladrillos blanqueados, un arco que daba entrada a un camino bordeado de almendros; y en la clave del arco, una hornacina, con una lamparilla de aceite pendiente ante la imagen de un santo. Bajo esta hornacina, una inscripción en azulejos antiguos: «Hacienda de San Rafael». Allí había pasado varias temporadas en su niñez, hasta que el predio fué vendido; allí permanecía, seguramente, como capataz, el bueno de Juan Mansilla con su familia. Allí le darían albergue y comida. ¿Y después? ¡Después, ya se vería! Pero la Hacienda de San Rafael estaba lejos, muy lejos de aquel poyo encalado, desde el que Mauricio miraba las estrellas. Debía recorrer un larguísimo camino y no podía hacerlo por donde pudiesen encontrarle. Tenía que atra-

vesar arroyos, subir cerros, andar por olivares, encontrarse con guardas, esquivar perros . . . Después de todo, no era imposible. La cuestión estaba en alcanzar, a campo traviesa, la ciudad, pasar por las afueras, alejarse de ella y tomar la carretera que le conducía hasta la finca. Por ese camino ya no lo conocía nadie. ¿Viviría Juan Mansilla? De cualquier modo, allí había otras casas: la de Pedro Díaz, el hortelano; la de Manuel Lanza, el aceitunero . . .

Mauricio se persignó, echó a andar, pasó ante las villas y pabellones del Valle de los Galanes, allí se cruzó con algunos transeúntes y fué visto por gente que se asomaba a las ventanas, pero nadie le interrumpió su ruta. Al descender una colina, pasó ante un mendero famoso. En el patio había música de guitarras y una voz de hombre cantaba por soleares. Un olor-cillo a comida le despertó el apetito. Tragando saliva, se alejó. Al llegar a la ciudad, se encaminó por los barrios apartados. La gente lo miraba. ¿Le reconocería alguien? Bajaba la cabeza y apresuraba el paso; sólo se cruzó con menestrales, vagabundos, grupos de chiquillos que jugaban a gritos. Nuevamente le agobiaba un deseo de llorar. Aquellos portales abiertos a la noche primaveral, los rumores de conversaciones, el trabajador sentado a su puerta, echando un cigarro en compañía del vecino . . . “Estoy cerca de casa. Si me encamino, derecho, por el lado del río, llegaré hasta casa. Lo mejor sería . . .”

Pero continuaba andando y, a toda prisa, cruzó un

pueblo y salió a una zona medrosa y destartalada. Las murallas de un viejo cementerio, morada última de pobres que aún iban llenando el escaso espacio todavía libre, surgieron blanquecinas, ante sus ojos soñolientos. Aquel cementerio tenía un nombre tragicómico, derivado de su antiguo destino agrícola; la gente del pueblo lo llamaba «El Batatar». Unos minutos después era la mole del Hospital la que se interponía. Torció hacia callejuelas estrechísimas. Un cuartel junto a la vieja iglesia. Alguien ensayaba toques de corneta. Todo parecía confabularse para producirle tristeza. Aquel retañir metálico, largo, triste, un poco torpe en el ensayo, adquiriría tonos terribles de desamparo.

Otras callejas, casitas enjalbegadas, de las que salía un olor a espliego y orégano quemados. Una madre cantaba meciendo a su criatura:

A la nanita nanita.
A la nanita de aquél,
que llevó el caballo al agua
y lo trajo sin beber...

Por fin llegó a la carretera que conducía directamente a «San Rafael». Estaba rendido. Para alcanzar hasta la hacienda tendría que caminar toda la noche. Entró en un ventorrillo y pidió un poco de agua. Unos tipos achulados y zaragateros bebían aguardiente junto al mostrador. El tabernero le pasó un vaso con un azucarillo flotante.

—Así te gustará más —dijo; y después de mirarlo con cierta curiosidad—: ¿Hay vacaciones?

Mauricio se horrorizó. ¿Qué podía haber observado aquel hombre? No llevaba el uniforme del colegio, sino un traje cualquiera de diario. Sonrió, en silencio, y el hombre se volvió para servir otra ronda de cazalla a sus clientes. Uno de estos, algo tambaleante, se dirigió a Mauricio:

—Oye, mozuelo, ¿Quién te ha dado permiso para venir aquí? ¡Un señorito tan joven por estos andurriales! ¡Y con esa cara de desmayo!

Mauricio sonrió una vez más, a duras penas. Iba a dar las gracias al tabernero, cuando el bebedor se dirigió de nuevo a él:

—¿Quieres un cortao de aguardiente? Esto es del bueno. Cazalla...

Mauricio dijo que no moviendo la cabeza y se encaminó a la puerta.

El otro insistía:

—¡Eh, chavea, ven para acá! ¿Quieres un emparedao de jamón?

Y le tendía un panecillo con unas lonjas de jamón serrano.

Mauricio se acercó al invitante, tomó el obsequio, murmuró unas palabras de gratitud y salió corriendo al camino. Cuando estuvo a cierta distancia del ventorro, se sentó en un guardacantón y devoró el succulento regalo.

Andar, andar . . .

Se ha levantado un fresquete que hace susurrar las hojas de los árboles y trae ráfagas de diferentes olores: a establo, a orujo, a charca, a hierba, a resina y (menos determinado) a mar. Mauricio aspira estos olores y cada uno de ellos le hace brotar un recuerdo, una nostalgia. La ciudad ha quedado atrás y los puntos luminosos de sus faroles van disminuyendo en la distancia. Cada cien o doscientos metros, el caminante se vuelve, contempla por un momento las líneas de puntos luminosos. En un recodo se pierden de súbito; ya sólo quedan las estrellas, remotas y misteriosas. Hace un poco de frío, que le obliga a levantarse las solapas. Resuenan sus pasos. Nadie. Casas cerradas. Ahora terminan las hileras de casas y las suceden aglomeraciones de chumberas cuyas pencas adquieren fantásticos contornos contra el cielo, alzadas sobre los terraplenes laterales. El silencio no es total: lo raspan suavemente miles de grillos en la campiña y hacen leves gárgaras con él las ranas junto a las acequias. Se acerca un acompasado campanilleo de cascabeles, los dos ojos amarillos de los faroles de un coche, luego se oye el trote de las mulas y se levanta una nubecilla de polvo. El coche se cruza con Mauricio, camino de la ciudad, después de iluminar por un momento, con vacilante luz rojiza, una breve zona de la carretera.

«Estoy rendido. No sé si podré llegar a San Rafael».

A veces se le cierran los ojos y continúa a ciegas

la recta del camino. En una de estas ocasiones, al abrirlos, se halla con la pálida blancura de dos postes de piedra blanca que sostienen una alta cancela.

«La Florida». La antigua finca de su abuelo.

«Cuando yo era chico, venía a pasar algunos días aquí. Ahí debe estar el lago con los cisnes, que me gustaba ver deslizarse por el agua, tan suavemente, tan silenciosamente. Ahí detrás, el jardín de las camelias, de las que la mejor era para el ojal del abuelo. Recuerdo los aullidos que daba «Titta-Rufo», el perro de mi tía vieja, la noche que ella murió. Terrible. Y mis juegos por la explanada que llamábamos El Quiosco, donde terminaba la parra con aquellos racimos espléndidos... La gran cocina en el subterráneo, con su olor especial, rico, que nunca he vuelto a oler. Comía yo frente a una prima mía, en una mesita baja con dos asientos, todo aquello formando una sola pieza, junto al cierro, que daba a las camelias y desde donde se veía el lago con los dos cisnes. En el sótano estaba también el cuarto grande de juegos, a donde nos mandaban, los días de lluvia, a toda una caterva de primos; la mademoiselle de mis primas me traducía y explicaba las historias de dos revistas que me entusiasmaban entonces: «Cri-Cri» y «Le Petit Journal». Coleccionaba yo, aquellos días, papeles de aleluya: «El Hombre Flaco»:

Largo como una cerilla

el flaco nació en Castilla...

y la «Vida del Enano don Crispín»:

Huyendo de la justicia
cae en un pozo de inmundicia...

y tantas otras: «La Tierra de Jauja», «Historia de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno»...

Ha vuelto a cerrar los ojos, y los abre, espantado, al sentir junto a él un sordo ruido de patas contra el suelo, un gruñido, y al ver dos pupilas sanguinolentas que están a un paso de él.

—Quieto, quieto, perrillo... ¡Chss, chss!... Quieto.

El perro —que en nada merece el diminutivo apaciguador— le ladra interponiéndosele en el camino. El corazón de Mauricio salta dislocadamente, las sienes le palpitan. Se detiene un momento; el perro deja de ladrar, le huele los zapatos y se aleja con un largo ronquido.

«Ahora me doy cuenta de lo que estoy haciendo. He dejado atrás todo: casa, padre, hermanas, amigos, y hasta el recuerdo de mi madre, que no creo me esté acompañando. Pero ya no es hora de volver. De todas maneras, lo que hayan de hacer conmigo lo harán, vuelva o no vuelva. Seguramente el Correccional. ¿Sabrá ya mi padre? Espero que no se lo digan hasta mañana. Que duerma tranquilo esta noche. Y mañana —el pobre— ¿qué hará? Mañana. Mañana empiezan las procesiones, mañana la ciudad estará dedicada a la Semana Santa, mañana yo estaré en casa de Juan Mansilla, mañana...»

Llega a un desfiladero. Deben haber transcurrido cuatro, cinco horas, desde que salió del colegio. Le duelen las piernas, la cabeza, la garganta. Al salir del desfiladero, una doble fila de lucecillas. El pueblo que está a medio camino entre Valmaga y «San Rafael». Aquí sí pueden conocerle. Por fortuna, las luces son menguadas y Mauricio atraviesa la aldea sin ser visto, cruzándose con un par de trasnochadores. Después, nuevamente la carretera sola. Un kilómetro más allá, una portada de piedra berroqueña sobre la que se balancea una linterna mortecina.

«Aquí están los olivares que Simón Peláez compró el año pasado. (Oh, Isabel, Isabel... Perdóname, Isabel, perdóname, Salvador; perdonadme, papá; y tú, Padre Salamanca, trata de defenderme; y tú, Señor...)».

Un ruido de motor, retumbante y lejano, le saca de su contricción.

«Por aquí viene un auto. Debe ser en busca mía. El de Simón Peláez... ¡No, qué tontería! Tal vez el de don Luis Rivas, el notario amigo de mi padre, a quien se lo han pedido para buscarme».

Enumera en su mente los autos que pueden haber sido solicitados para perseguirle. Los enumera, por un capricho intempestivo, con sus marcas: el Panhard de don Luis; el Dion-Bouñton de los Ramírez; el Rochet-Schneider de las Salvatella; el Renault de... el Willys de...

Tras él se ilumina la carretera, con dos haces claros y potentes. El ruido del motor, acompasado y

fuerte, se le acerca. Mauricio no se detiene, sigue por el borde, junto a la acequia. El auto se para junto a él. Una voz:

—¿Vamos a llevarlo?

Otras:

—¡No hay sitio! ¡Anda, déjate de pamplinas! ¡Oye tú, échate para allá que me estás asfixiando!

Mauricio prosigue su camino.

El auto vuelve a ponerse en marcha. Voces de mujeres y de hombres, carcajadas, alguna grosería; y luego, otra vez el silencio, la obscuridad y el frío, que aumenta con la proximidad de la madrugada.

Al salir el sol, Mauricio llega junto al arco blanqueado sobre el que se ostenta la hornacina con la imagen de un mancebo que sostiene un gran pez en la mano derecha y un bordón en la izquierda. Todo le parece ahora más chico.

Ya no puede más.

Arrastrando los pies, caídos los brazos, recorre el carril entre los almendrales, deja atrás el edificio principal cerrado, se acerca a la casa de labor y golpea el aldabón.

La puerta se abre y, antes de que nadie conteste adentro, sale por ella una gallina cacareante.

—¿Vive aquí Juan Mansilla?

Una mujer joven, rozagante, maternal, limpia, se queda mirando al recién llegado:

—Juan Mansilla era mi padre y murió hace... ¡Pero si es Mauricio, el de don Alvaro! ¡Pasa, hijo,

pasa! ¿De dónde vienes, chaval, a estas horas, y hecho una lástima? Siéntate, que después vamos a hablar. ¿Te has perdido? ¿Una mala broma de algún amigo, que te ha dejado en el camino? Hace una hora pasó uno de esos chismes desagradables, un a r t o m ó v i por aquí... ¿Ibas con ellos? ¡Ay, Jesús, y cómo has crecido, chiquillo! Espera, que voy a traerte leche y rosquillos. ¿Te acuerdas cómo te gustaban los rosquillos que hacía mi padre? El pobrecito murió el año pasado... Dios lo tenga en su gloria...

Mauricio, mudo de cansancio, de gratitud, de desconcierto, mira a la mujer y reconoce en ella, al cabo de unos minutos, a Rosita, la hija de Juan Mansilla, a la que no ve desde hace cuatro o cinco años. La mujer vuelve con un tazón de leche humeante y un plato de roscos aceitosos, crujidores de reciente fritura. Junto a ella, tres chiquillos que parecen no llevarse sino pocos meses. El menor, mordisquea un pedazo de pan moreno, mezclado con mocos que le chorrean en dos caudales cerúleos hasta la boca.

—Mi marido salió al campo temprano —dice Rosita— Ea, come, hijo, come, que luego hablaremos...

En el ventorrillo donde regalaron el emparedado a Mauricio, habían entrado dos tipos que no le gustaban al dueño.

—¿En qué puedo servirlos?

—Dos cortaos de aguardiente. Y oiga usted...

El ventero, que se alejaba, se volvió, inquieto. Ya le habían plantificado una multa de padre y señor mío por dejar que sus clientes jugaran al monte, a altas horas de la madrugada. Los clientes habían seguido jugando y, él con ellos, a veces...

—A sus órdenes.

Uno de los hombres, con un bastón de grueso cayado que no soltaba de su mano, y una leontina titilante colgando de la cadena, sobre los botones del chaleco, habló con una parsimonia desagradable:

—Usted va a decir la verdad a lo que le preguntemos, ¿eh?

El tabernero era colorado. Ahora se puso granate.

—Una vecina de la casa de enfrente, dice que anoche vió entrar aquí a un chaval de unos diecisiete o dieciocho años. ¿Entró alguien así?

—No, aquí yo no admito muchachos de esa edad —respondió el dueño.

—Es que la vecina dice que lo vió —apoyó el otro desconocido.

El tabernero sudaba. De pronto se dió una palmada en la frente:

—¡Coño! ¡Se me había olvidado! ¡Sí, anoche entró un muchacho a pedirme un vaso de agua y le di además un azucarillo.

—¿Y hacia dónde se fué después?

—La verdad, eso no se lo puedo decir.

—¿Por qué?

—¡Pues, porque no lo sé, leche!

El hombre de la leontina brillante arrugó la frente y dijo:

—Si puede usted tener un poco de más circunspección al hablar, será mejor. Aquí sobran los ternos, ¿entiende?

—Es que yo los digo todo el tiempo, incluso cuando estoy contento —respondió el tabernero, aliviado de que no se tratara de juegos prohibidos—. ¿Buscan ustedes al muchacho ése?

Los dos hombres se tomaron sus copitas y salieron, dejando el pago sobre la mesa.

Escenas por el estilo se repetían en varias salidas de la ciudad: en una casilla de consumos, en una casa-cuartel de la Guardia Civil, en un puesto de peones-camineros, en otros ventorrillos de las afueras.

Un recado por teléfono fué recibido por Pepa Reina, aquella tarde:

—Diga usted a la familia, que parece que el niño ha salido por el camino de Antequera y que se le busca.

.....